

## Maximiliano Espinillo: el verdadero instinto goleador

*Lo convocaron a la Selección, pero lo postergó hasta estar preparado. “Quiero hacer cosas de chico”, dijo Maxi. Hoy, su habilidad para escuchar el ritmo del juego, sentir la energía de sus compañeros y anticipar los movimientos del rival lo hacen un jugador excepcional.*



Maxi representando a la Selección.

### ***\*Por Candela Ciocan***

Enfrentar una limitación es como encontrarse en medio de una oscuridad desconocida. Al principio aparece el miedo, esa sensación de incertidumbre que nos lleva a dudar de nuestras propias capacidades. Primero se escucha el golpe seco en el poste izquierdo, marcando un límite que parece cercano y desafiante. Luego resuena el eco en el palo derecho, un sonido que contornea los bordes invisibles del arco y, finalmente, el impacto en el travesaño, firme y constante, como un recordatorio de la meta.

Maximiliano Espinillo, o Max Power, como algunos lo llaman, posee una gran fortaleza. Desde muy chico se dedicó al fútbol, gracias a la influencia de su hermano, con quien jugaba con una bolsa con piedras como pelota. Esta dedicación le llevó a completar solo la educación primaria y dejó la secundaria como una cuenta pendiente. Nació en Villa Lyon, Córdoba, en un entorno muy humilde. Sus padres eran vendedores ambulantes y esto lo impulsó a tener su propia economía desde adolescente, vendiendo en los colectivos. Sin embargo, cuando comenzó con la Selección, eso cambió. El ENARD le otorgó una beca y sus días se dedicaron a la redonda.

Maxi llegó a ser campeón del mundo y obtuvo una medalla de bronce en Río 2016 y dos platas en Tokio 2021 y París 2024. Siempre menciona que esto es producto de todas las personas que lo apoyaron, incluyendo a su familia, su esposa y, sobre todo, a dos figuras que lo marcaron: Patricia De Piante, su exentrenadora, y Martín Demonte, exentrenador de la Selección de Fútbol.



Subcampeones en París 2024.

En su mente, la palabra "no" nunca tuvo lugar. Maxi andaba en bicicleta, jugaba con pistolas de balines y trepaba árboles con sus primos. Pero la pelota siempre fue su refugio, su cable a tierra, un espacio donde podía ser él mismo. Hace unos meses jugó a los pies de la Torre Eiffel, pero nunca se olvidó de dónde viene, porque para él, olvidar sus orígenes sería traicionar todo lo que vivió y aprendió en el camino. Cada recuerdo, cada risa compartida y cada desafío superado forman parte de la persona que es hoy.

Pero en su carrera, hizo algo que pocos se atreverían: decirle que no a la Selección. En el año 2010, comentó: "Físicamente no estaba bien, y tampoco lo estaba económica ni psicológicamente". La separación de sus padres había afectado a su familia y sus hermanos se habían mudado con sus parejas. No era el momento indicado. Martín Demonte, quien lo convocó, quedó sorprendido. Lo había visto jugar en 2007 y aunque al principio no le llamó la atención por sobre el resto, sí reconoció su talento. Recuerda que, de repente, Maxi realizó un potente disparo desde larga distancia que tocó el travesaño y rebotó, dejando una huella imborrable en su memoria.

"Perdón, profe, pero soy muy joven todavía. Quiero hacer cosas de chico, y si ahora acepto, probablemente me equivoque y pierda esta oportunidad. Así que le agradezco, pero no puedo", fue su respuesta. En ese momento, le costó entender cómo un chico que jugaba tan bien al fútbol y manejaba sus sentidos de forma tan aguda no quería ser parte de la Selección. Sin embargo, respetaron su decisión. Con el tiempo, su historia continuó y él mismo escribió el siguiente capítulo.

En 2011 conoció a Patricia, quien se convertiría en una figura clave en su vida y carrera, siendo su profesora y entrenadora desde ese año hasta 2016. Maxi llegó a ella gracias a su hermano, quien entrenaba en su gimnasio.



Siendo entrenado por Patricia. Foto: archivo entrenadora

En paralelo, Martín seguía viéndolo jugar y en 2013 lo convocó nuevamente. Pero Maxi no vivía de eso, seguía trabajando en los colectivos. Viajaba a Buenos Aires a jugar y con lo que ganaba se solventaba los gastos. Ante esta situación, Martín le encontró una solución económica: a finales de diciembre, Maxi comenzó a recibir una beca.

Era el séptimo delantero, pero él quería estar y ser parte del equipo. No le tocó jugar en la Copa América que se celebró en Santa Fe, donde actualmente vive. Fue un golpe de realidad que lo llevó a reflexionar sobre la necesidad de prepararse mejor. “No quiero ser el séptimo delantero, quiero ser el primero”, se decía a sí mismo. Sabía que tenía instinto de goleador: le gustaba anticiparse, leer el espacio vacío y moverse hacia él.

Así, con cada toque de pelota, sentía el eco de la cancha resonar en su mente, donde el juego cobraba vida a través de un mapa que lo guiaba, transformando el juego en una coreografía sonora que solo él podía interpretar.

En 2014 tuvo la oportunidad de participar en dos torneos con la Selección. En uno de ellos, en Brasil. Le fue mal. Pensó que su aventura había llegado a su fin. Sin embargo, una semana después lo convocaron nuevamente, esta vez para ir a Francia, donde tuvo un desempeño sobresaliente y anotó varios goles. A finales de octubre recibió la noticia de que iba al Mundial en Japón. Así, pasó de no estar en un torneo a participar en tres en un solo año, y desde entonces nunca dejó de estar en la lista de convocados.



El goleador.

Patricia define a Maxi como un "crack", un verdadero superdotado en el deporte. "Su talento es innato, y su fortaleza en la patada es impresionante". Lo retrata como una persona muy positiva, siempre alentando a los demás, con una gran competitividad, pero también profundamente ligado a su familia, que es su mayor impulso para seguir adelante. Resalta que es un atleta que representa la perseverancia y la pasión, siempre dispuesto a superar cualquier obstáculo en su camino.

Martín lo compara con Mike Tyson, un noqueador. Lo describe como un jugador distinto. Nunca da la pelota por perdida: la busca, la siente. Y la escucha. Cada sonido es una pista, y cada movimiento es una oportunidad para recuperarla.

Tan así que fue comparado con uno de los mejores del mundo: Lionel Messi. Martín comenta que esta comparación surge por su capacidad de definición y la importancia de su presencia en el equipo. Para Maxi, recibir este tipo de elogio es el mayor honor y un motivo de orgullo. No se trata solo de su propio talento, también refleja el fruto del esfuerzo y la dedicación de todas las personas que lo apoyaron.

Dentro de la cancha, Maxi no tiene limitaciones, ahí solo son 40 metros por 20, con reglas claras que todos respetan. Sabe que en el deporte su rival quiere lo mismo que él, y muchos le preguntan si no tiene miedo. "No, no tengo miedo de golpearme", responde siempre, aunque reconoce que a nadie le gusta recibir una patada, un choque o un corte. Pero ese miedo desapareció cuando perdió la vista a los 4 años. Fue en ese momento que dejó de temer a muchas cosas. En la cancha no hay miedo. Y en la vida, tampoco.



Emblema de los Murciélagos.

Forma parte de la Selección de Fútbol de los Murciélagos, el equipo que logró la medalla de plata en los últimos Juegos Paralímpicos. Su historia refleja un claro ejemplo de perseverancia y dedicación, mostrando que el talento, cuando se trabaja, puede superar cualquier obstáculo. "Es importante que las personas con discapacidad pierdan ese miedo, porque es una red que no te deja avanzar". Maxi convirtió una debilidad en una fortaleza, demostrando que no se necesita ver para sentir el juego y encontrar el camino hacia el éxito.